

Cogito, ergo sum.

Escribimos estas breves líneas en homenaje al tercer centenario del “Discurso del Método”, publicado por primera vez en Leyden (Holanda) en 1637. En ellas nos proponemos averiguar, hasta donde esto es posible, el auténtico sentido del famoso principio cartesiano *Cogito, ergo sum*, principio con el cual se inaugura una nueva época en la Historia de la Filosofía.

Señalaremos en primer término los pasajes de las obras de Descartes relacionadas con el *Cogito*; expondremos en seguida las interpretaciones típicas de que han sido objeto; las apreciaremos, y, finalmente, dejaremos planteado, y nada más que planteado, nuestro punto de vista personal.

En la obra primigenia de Descartes, las “Regulæ”, cuya composición probablemente es anterior al “Discurso” en una decena de años, se anuncia ya el salto famoso de la duda al *Cogito* y del *Cogito* a la evidencia: “Si Sócrates dice que duda de todo se sigue necesariamente esta consecuencia: luego comprende al menos que duda; y esta otra: luego conoce que algo puede ser verdadero o falso; pues son nociones que acompañan necesariamente a la duda”.....

“Más, era ya una cuestión la ignorancia, o más bien la duda, cuando por primera vez Sócrates, exiliximando, buscó si era verdad que dudaba y lo afirmó en seguida” “Es así que cada cual puede ver intuitivamente que existe, que piensa”

El *Cogito* preludia apenas en la referencia socrática porque el problema fundamental que preocupa a Descartes en la época a que pertenecen las “Regulæ” es el de la unidad metódica de la ciencia según el modelo de las matemáticas. No le preocupa todavía el problema de la realidad.

Pero una vez esclarecida la cuestión lógica del conocimiento científico a la sola luz de las leyes del pensamiento puro, irrumpe la pregunta inevitable ¿hay acuerdo perfecto entre el pensamiento y lo real? Bien pudiera suceder, en efecto, que no existiese en absoluto ninguna realidad correspondiente a las leyes de nuestro pensamiento y a nuestra hipótesis. A esta pregunta responde Descartes en la cuarta parte del “Discurso del Método”, en cuyas primeras líneas deja establecido el carácter metafísico de las meditaciones que contiene.

Comienza Descartes rechazando como absolutamente falso, desde el punto de vista teórico, todo aquello en que pudiera imaginarse la menor duda: rechaza el mundo de los sentidos porque los sentidos algunas veces nos engañan; rechaza las demostraciones matemáticas porque hay hombres que se equivocan en sus razonamientos aún tocantes a los más sencillos problemas de geometría; finalmente, todo lo que ha penetrado en su espíritu lo tiene por tan falso como las ilusiones de sus sueños, porque todos los pensamientos que tenemos despiertos podríamos tenerlos cuando estamos dormidos. “Pero inmediatamente después, dice, me dí cuenta de que en tanto que quería pensar así, que todo era falso, era absolutamente preciso que yo que lo pensaba fuese alguna cosa, y, observando que esta verdad *Pienso, luego*

existo era tan firme y segura que las más extravagantes hipótesis de los escépticos no eran capaces de conmoverla, juzgué que podría admitirla sin escrúpulo como primer principio de la filosofía que buscaba”

El problema está resuelto. Ya podemos estar seguros de la verdad y de la realidad a la vez. Ambas se dan indisolublemente unidas en un acto único: *Cogito ergo sum*. Proposición evidentemente verdadera cuyo enunciado es el ser. ¿El ser del yo únicamente? Eso se verá al final de nuestro estudio.

Como dice Bouillir, el “Discurso” contiene íntegramente, por lo menos en germen, la filosofía de Descartes. En sus otras obras, las “Meditaciones”, los “Principios”, etc., desenvuelve, esclarece, fortifica lo que solo ha indicado en el “Discurso”, pero no añade ninguna doctrina verdaderamente nueva.

En las “Meditaciones” la teoría del *Cogito* está ampliamente desarrollada, pero en el fondo es la misma que la expuesta en el “Discurso”. La hipótesis nueva, que no afecta al fondo, es la del demonio engañador. Puedo engañarme acerca de todo, menos acerca de mi propia existencia. Si me engaño, si he pensado algo, soy. Si algún demonio emplea toda su industria en engañarme siempre, no hay duda que soy, puesto que me engaña. Que me engañe cuanto quiera, pero no podrá hacer jamás que yo no sea nada en tanto que piense ser algo. “De manera que, después de haber pensado bien y examinado cuidadosamente todo, es preciso finalmente concluir y tener por constante que esta proposición *yo soy, yo existo* es necesariamente verdadera todas las veces que la pronuncio o que la concibo”.

La exposición del *Cogito*, en los “Principios” se ciñe demasiado a las formas de un razonamiento en regla. Ha perdido, por tanto, algo de la frescura de la intuición primitiva.

“Mientras que rechazamos así, dice Descartes, todo aquello de que podemos dudar, por poco que sea, y lo suponemos falso, suponemos fácilmente que no hay Dios, ni cielo, ni tierra y que no tenemos cuerpo; pero no podríamos suponer que no existimos porque de tal modo repugna concebir *que el que piensa no existe* al mismo tiempo que piensa que, no obstante las más extravagantes hipótesis, no podríamos abstraernos de creer que la *Conclusión*: “Pienso, luego existo” es exacta y consiguientemente la primera y más cierta que se presenta a quien dirige ordenadamente su pensamiento”.

Todavía nos encontramos con el *Cogito* en las “Respuestas a las objeciones” y en la “Investigación de la verdad por las luces naturales”. Esta última obra inconclusa, comienza a exponer la filosofía nueva en forma dialogada y tan cautivante que, a veces, se tiene la ilusión de leer algún diálogo platónico. *Poliandro* (el esclavo del “Teetetes”) dice: “De todos los atributos que yo me había dado, sólo me queda por examinar uno solo, el pensamiento; y veo que es el único que no puede separar de mí mismo. Pues si es cierto que pienso; porque ¿qué es dudar sino pensar de una cierta manera?, y, de hecho, si yo no pensara, no podría saber si yo dudo ni si yo existo. Soy, sin embargo, y sé que soy y lo sé porque dudo, es decir porque pienso. Mas aún. Podría suceder que si cesase un instante de pensar cesara al mismo tiempo de ser. Así la única cosa que no puedo separar de mí, que yo sé ciertamente ser yo, y que puedo ahora afirmar sin temor de equivocarme, esta única cosa digo, es que yo soy alguna cosa pensante”.

Hemos señalado los pasajes de las obras de Descartes que se refieren al *Cogito*. Pasemos ahora a examinar y juz-

gar las interpretaciones de que ha sido objeto, hasta donde alcanza nuestra información.

Para no perdernos en el dédalo de interpretaciones individuales, tratemos de reducirlas a grupos. Esto nos permitirá ocuparnos sólo con tipos interpretativos, con lo cual tendremos lo suficiente para el fin que perseguimos.

Nos parece ver cuatro tipos interpretativos fundamentales: el lógico-formal, el psicológico, el crítico o trascendental y el metafísico en sentido estricto.

La interpretación lógico-formal es una de las más antiguas. Ya la encontramos en Gassendi y siempre ha gozado de gran favor en la Escuela, debido tal vez a que la inspirara más bien el deseo de refutar que el de comprender. Con todo, no deja de tener asidero en textos precisos. Aparte el *luego* característico del razonamiento, Descartes dice en el "Discurso" que lo único que le asegura de la verdad del *Cogito* es el ver claramente que *para pensar es preciso ser*. Luego, se puede razonar así: *para pensar es preciso ser; pienso, luego soy*. En los "Principios" es más visible, formalmente el raciocinio. Pero no hay que olvidar que Descartes siguió en esta obra, destinada a difundir lo que había encontrado ya, no el método del descubrimiento, empleado en sus obras anteriores, sino el de la exposición.

Según la interpretación lógico-formal, el *Cogito* es un entimema, un silogismo abreviado, cuya premisa mayor garantiza, por ley silogística, la verdad de la conclusión, y cuya conclusión, a su vez, en virtud de la doctrina, es la garantía de toda verdad. El círculo vicioso es patente. Descartes habría basado la nueva filosofía en un círculo vicioso, en un sofisma.

Esta interpretación es falsa.

Ya Balmes, con su habitual honradez y perspicacia, tuvo por muy superficial esta forma interpretativa. Es imposible, dice en su "Filosofía Fundamental", que Descartes,

entendimiento claro y penetrante, no viera la debilidad de su principio tomado como verdadero raciocinio.

En las "Regulæ", donde el pensamiento del filósofo se manifiesta con maravillosa frescura y completa lucidez, el *Cogito* es, expresa y literalmente, intuición.

Pero el mismo Descartes se encargó de refutar directamente la interpretación lógica. En las "Respuestas a las objeciones recogidas por el P. Marsenne", dice: "Cuando percibimos que somos cosas que piensan estamos frente a una noción primaria que no es sacada de ningún silogismo; y cuando alguien dice "yo pienso, luego soy o existo" no concluye la existencia de su pensamiento como por la fuerza de un silogismo sino como conocida de suyo; *la vé por una simple inspección del espíritu*".

El *Cogito* es, pues, intuición y no raciocinio.

Veamos ahora la interpretación psicológica.

La interpretación psicológica puede apoyarse en la definición que dá Descartes de la palabra pensar: "Por la palabra pensar entiendo todo lo que se produce en nosotros de tal suerte que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos, por esto no solo entender, querer, imaginar sino también sentir es la misma cosa que pensar.

El punto en que coinciden todas las interpretaciones *psicológicas* es en el de considerar el *Cogito* como la constatación de un hecho psíquico como base de la certeza de la existencia, y esta constatación es posible, desde luego, sólo mediante la introspección.

Para contemplar las posibilidades teóricas interpretativas podríamos referirnos a un esquema, cuya forma sería la siguiente:

El hecho psíquico del pensamiento puede significar o bien un contenido o bien un proceso. Este contenido podría ser análogo al de una intuición en estricto sentido psicológico (distinto del sentido que dimos a la intuición al hablar

de la interpretación lógico-formal) o a contenidos no intuitivos. Cabe la misma distinción en intuitivos y no intuitivos tratándose de los procesos.

También la certeza del *Cogito* tendría carácter psicológico y en tal caso cabría las posibilidades de considerarla o como consecuencia del proceso o como adherida ya sea al proceso o al contenido.

No es posible ni necesario, para el objeto que nos proponemos, desarrollar todas las interpretaciones que se dejan derivar de este esquema. Por lo demás, no se han hecho históricamente estas distinciones en forma tan clara y precisa como para poder decidir acerca del sentido exacto que se ha dado a la palabra pensamiento.

Nos limitaremos a señalar una interpretación típica que toca al punto esencial mencionado antes. Nos referimos a la de Bertrand Russell.

Según Russell, la idea de Descartes sería: “La auto-observación es la forma más segura de obtener conocimiento. Descartes, para quien pensamiento es sinónimo de percepción y también de volición y sentimiento, diría que viendo la luna estaba más seguro de la percepción visual que de la existencia del objeto al que ella se refiere.

Tomando como base de la interpretación el hecho de la auto-observación o introspección, tendríase que decir, pues, que el *Cogito* es el simple darse cuenta de un proceso psíquico.

El mismo Russell llama la atención hacia el hecho revelador de que la nueva escuela psicológica de los *behavioristas* (Watson) afirme con vehemencia la idea estrictamente opuesta o sea que la introspección carece en lo absoluto de valor científico.

Además se opone a la forma general “yo pienso” porque no cree que sea justificado ir, sin más, de la constatación de “que hay duda” a atribuir la categoría de sustancia

al acto de dudar, ni a identificar, sin más también, el hecho particular de la duda con el hecho general "pensamiento".

Nos parece que la interpretación psicológica, en general, y la de Russell, en especial, es errónea.

Desde luego ella se apoya en la definición que dá el mismo Descartes de la palabra pensamiento; así como en el hecho de que el filósofo, por un proceso innegablemente psicológico, la introspección, llega a la constatación de su propia duda, es decir de su pensamiento.

Pero si consideramos exacta la interpretación psicológica del Cogito, lo que haría de Descartes un psicólogo, veremos surgir graves, insolubles contradicciones en el sistema cartesiano. En primer lugar: no hay concordancia entre el Cogito, acto psicológico, individual, perteneciente por lo menos a la persona de Descartes, y el impersonalísimo carácter del fundamento físico-matemático de todo el sistema; y en segundo lugar no se vé cómo la existencia de Dios podría apoyarse en la de actos psíquicos individuales.

Por lo demás contradicen esta interpretación los textos cartesianos que, en seguida citaremos, al ocuparnos con la tercera interpretación o sea la interpretación crítica-transcendental.

La interpretación crítica, que apenas se encuentra antes del desarrollo del neo-kantismo, se apoya naturalmente en la comparación de Descartes con Kant.

Descartes, dice Natorp, trata de descubrir, desde el principio un centro del conocimiento no en una *existencia primordial* sino en "una *ley primordial del conocimiento*, en la ley del método". Aquí está su punto de contacto con Kant.

Descartes, lo mismo que Kant, entiende el método no como un procedimiento que se adapta al *objeto ya dado* porque no hay ningún objeto dado. El objeto, como objeto de

nuestro conocimiento, solo puede formarse según la ley fundamental del método de este conocimiento.

Veamos los textos de las "Regulæ" en que se apoya esta interpretación.

"Todas las ciencias juntas no son otra cosa que la *inteligencia humana* (1) que permanece *una y siempre la misma* cualquiera que sea la variedad de sus objetos, sin que esta variedad aporte a su naturaleza más cambios que la diversidad de los objetos aporta a la naturaleza del sol que los ilumina".

"Todas las cosas pueden clasificarse en diversas series no en tanto que se refieren a alguna especie de ser (división que entraba en las categorías de los filósofos) sino en tanto que *pueden ser conocidas una por otra*".

"Quien se proponga por cuestión *examinar todas las verdades que están al alcance del espíritu humano*, cuestión que a mi modo de ver, deben hacerse una vez por lo menos en su vida los que quieran seriamente llegar a la sabiduría; quien se proponga esa cuestión encontrará, con el auxilio de las reglas que he dado, que la *primera cosa que se debe conocer es la inteligencia* puesto que de ella depende el conocimiento de las demás cosas y no recíprocamente. Después de examinar la *inteligencia pura* etc."

"Para no permanecer en continua incertidumbre acerca de lo que *puede* nuestro espíritu, antes de abordar el conocimiento de cada cosa en particular, es preciso preguntarse cuáles son los conocimientos que *puede alcanzar la razón humana*".

"No hay ninguna cuestión más importante que la de saber en qué consiste el *conocimiento humano* y hasta donde se extiende. Es ésta una cuestión que es preciso examinar puesto que esta investigación *contiene todo el mé-*

(1) Hemos subrayado en el texto cartesiano los puntos que nos convenía destacar.

todo, y como tal los verdaderos instrumentos de la ciencia. Nada me parece más absurdo que discutir audazmente sobre los misterios de la naturaleza, la influencia de los astros, los secretos del porvenir, sin haber investigado *una sola vez si el espíritu humano puede llegar a ese punto.* Y no debe parecernos difícil ni penoso fijar así los límites de nuestro espíritu, del cual tenemos conciencia, ya que no vacilamos en juzgar sobre cosas que están fuera de nosotros y que nos son completamente extrañas”..... “Para estudiar la cuestión (los límites de nuestro espíritu) se dividirá el entero dominio en dos partes: el de *nosotros mismos* que somos capaces de conocer y el de las cosas que *pueden ser conocidas*, en tanto que pueden ser conocidas”.

Estos textos tomados únicamente de las “Regulæ” (otros parecidos que no citamos) se dirían entresacados de la Crítica de la Razón Pura. Pero sucede que para Descartes el entendimiento puro o sea “la inteligencia pura” se acerca más a la manera de Platón que a la de Kant y en este punto se oscurece la posición crítica del problema.

En el “Discurso” y en las “Meditaciones” no se abandona por completo la actitud crítica, ni aún en la primera proposición metafísica: la certeza de sí que adquiere el yo con respecto a su propia existencia. Pero la psicología platónica se acentúa cada vez más; la inteligencia se dirige en el sentido del ser perfecto. En los “principios” la autonomía del criterio ha desaparecido, la seguridad del *lumen natural* reposa solamente sobre la veracidad divina.

Esta alteración profunda del punto de vista se debe a que el problema crítico del fundamento del conocer ha venido a sustituirse la grave cuestión del fundamento de la existencia. Desde este momento la línea que parecía conducir inmediatamente a Kant se desvía hasta culminar en la filosofía de Spinoza.

Al tratar, en seguida, de la interpretación metafísica

citaremos los textos fundamentales que contradicen la interpretación crítica y confieren al Cogito un auténtico sentido metafísico.

De lo dicho hasta aquí, aparece que las interpretaciones lógicas, psicológica y crítica no son exactas. Mas aún se puede afirmar que son incompatibles con el espíritu del sistema de Descartes.

Queda por examinar la interpretación metafísica que, para nosotros es la auténtica, si se toman en cuenta textos precisos de Descartes cuya íntima concordancia con el espíritu del sistema es innegable y si se dá la debida importancia al hecho histórico de que los grandes metafísicos como Malebranche, Spinoza, Leibniz, que se apoyan en Descartes, lo consideraron siempre como el fundador de la Metafísica moderna.

Metafísica es la interpretación que dá del Cogito el filósofo francés Brunschvicg, uno de los más notables representantes del racionalismo contemporáneo, según esta interpretación, la más nueva y autorizada, es casi indiscutible que para Descartes el conocimiento racional, en la pureza de su esencia, es intuitivo. Pero la intuición cartesiana "no se refiere a un elemento sensible o análogo al sensible, como la intuición de los atomistas, ni a la abstracción de un concepto o de un principio como la intuición de los dialécticos. La intuición cartesiana es o tiende a ser una intuición no de cosa sino de pensamiento. Ahora bien, la realidad del pensamiento consiste en un acto. Este acto es primeramente el acto del juicio. "Así, dice Descartes, cada cual puede ver por intuición que existe, que piensa, que el triángulo está delimitado por tres líneas solamente, la esfera por una superficie única". Pero aún se restringiría demasiado el sentido del término y se desfiguraría el alcance de la doctrina, encerrando la intuición en la sola enunciación que el juicio expresa. La intuición es capaz de enlazar dos proposiciones

cuya unidad indivisible se manifiesta con evidencia, como lo atestigua el ejemplo que dá Descartes: “Dada esta conexión de ideas: 2 y 2 son la misma cosa que 3 y 1, es preciso que la intuición alcance no solamente a esto que 2 y 2 son 4 y que 3 y 1 son igualmente 4 sino a esto, además, que de estas dos proposiciones la tercera, a saber, que son iguales se concluye necesariamente”.

La intuición desborda el dominio de la deducción o, más exactamente, la deducción no hace más que explicitar la intuición”.

La intuición del Cogito, limitada a una existencia individual es intuición estática y como tal derivada de una intuición que siendo inseparable de la naturaleza de la razón no puede menos que atestiguar su infinitud. Dicho de otro modo: *antes de ser intuición del yo es intuición de Dios.*

Veamos los textos en que se funda esta interpretación:

“Deteniéndose largamente sobre esta meditación se adquiere poco a poco un conocimiento muy claro y, si es posible expresarse así, *intuitivo* de la naturaleza intelectual en general, cuya idea, considerada sin limitación, es la que nos representa a Dios y, limitada, es la de un ángel o de una alma humana”.

Este texto inunda de claridad el texto de la tercera “Meditación” sobre el que descansa todo el sistema: “Tengo, de algún modo, primeramente en mí la noción de lo infinito que de lo finito, es decir, de Dios que de mí mismo”. La demostración en forma silogística en que en alguna parte dá Descartes de la existencia de Dios no enerva su radical carácter de conocimiento intuitivo. Se ve obligado a discurrir de la suerte “para aquellos que no entienden las cosas más que por medio de un largo discurso y razonamiento” mientras que la existencia de Dios puede ser “conocida sin prueba para los que están libres de todo prejuicio”.

Se ve pues, con toda claridad, según esta interpreta-

ción que lo esencial para Descartes es la intuición de lo Infinito, es decir de Dios.

Descartes sin embargo, no supo mantener la primacía de la intuición dinámica. Se dejó mistificar por la imaginación espacial hasta colocar en la glándula pineal el asiento de las relaciones entre el cuerpo y el alma. Esta caída del nivel ya alcanzado con la intuición dinámica es responsable, al menos parcialmente, de las divergencias en la interpretación del *Cogito*, originadas, muchas, por la contradicción aparente entre la intuición del *Cogito* y la intuición de Dios; entre la conciencia de la subjetividad del individuo y la conciencia que toma el pensamiento de sí mismo; entre la intuición estática y la intuición dinámica.

La interpretación de Brunschvicg parece pues indicar que el *Cogito* significa una forma de intuición dinámica que va principalmente a Dios y después al yo.

Sin embargo, esto no nos parece ser todavía todo el sentido auténtico del *Cogito*. Creemos que se puede ir más allá e interpretar los últimos textos citados de Descartes en concordancia con el conjunto de su sistema metafísico.

En este conjunto es claramente perceptible el camino conceptual que va de la intuición de la existencia del yo a la demostración de la existencia de Dios, y a la prueba de la existencia del mundo por la veracidad divina. Despojemos, pues, al camino cartesiano de su armazón conceptual, y, entonces, a la luz de la interpretación de Brunschvicg, fundado en aquellos textos, veremos brillar en lo más íntimo del pensamiento cartesiano la intuición primordial de Dios indisolublemente unida con la íntima del *Cogito* y la íntima del Mundo.

El desarrollo de esta tesis, muestra que aquí apuntamos solamente, será materia de otro artículo.

JULIO CHIRIBOGA.